

A la sombra de sus amados fantasmas*

Rubén Bonifaz Nuño

En 1921 José Vasconcelos, uno de los magnos héroes culturales de México, publicó, y divulgó copiosamente, los poemas homéricos en la versión castellana de Luis Segalá y Estalella... y esa vehemente y continua lectura de sus poemas, colmó nuestra mente y nuestras entrañas con imágenes de combates y de viajes, de dioses y de bestias, de mares y de presagios, de piedad y de arrogancia, de pasiones y de virtudes humanas cuya existencia no hubiéramos siquiera sospechado de no ser por ellos.

Raúl Renán, cuando niño, tuvo en sus manos esos libros; leyéndolos gastó en ellos sus ojos y acrecentó su espíritu. Por ellos, desde entonces en su más profundo interior empezaron a habitar y a animarse héroes eternos, hombres y mujeres semidivinos que, aparte ya de la pura creación homérica, cobraron en él vida propia; se independizaron, por así decir, de la *Ilíada* y la *Odisea*, y, conquistados por

él mismo Raúl Renán actuaron por cuenta propia, renovados en hazañas y en belleza.

Y la cólera y el orgullo de Aquiles, la honestidad guerrera del Telamónio, el insondable prestigio de Helena, las incontrastables debilidades de Héctor, se suavizaron, se le convirtieron en sombras y luces cotidianas, a fin de acompañar la memoria de aquel lector ingenuo y ambicioso.

Y lo mismo ocurrió con la acción de los dioses, con el sentido de sus propósitos, con el origen de sus agitadas emociones.

En profundos interiores, el olvido de Homero, convertido en memoria de Raúl Renán, armó una suerte de espectáculo mediante el cual se hizo posible recobrar, ya asimilados a la propia índole, a primigenios dioses y héroes, a mujeres como horizontes oceánicos.

Personajes mayores y menores, lugares inaccesibles, estruendo de

* Del prólogo a *Los Silencios de Homero* de Raúl Renán, México, UAM/ALDUS, 1998. (Seleccionado por LARC).



batallas de dioses, se volvieron en presencias familiares, en cercanos parientes, en calles holladas a menudo, en regalos de infantiles cumpleaños.

Ahora Raúl Renán vuelve a ser un niño. Estos breves poemas suyos, en los cuales él dice cosas que Homero no llegó a decir, pero que alguna vez sembró en él con su mismo silencio, son para él y para quienes como él leímos por primera vez a Homero en aquellos libros de Vasconcelos, una gozosa herramienta para recobrar el amparo de nuestros fantasmas amados.

Algún día, en mi adolescencia de preparatoriano, pregunté a mi maestro Erasmo Castellanos Quinto si el mejor de los escritores era Platón. Él me respondió: "No. El mejor de todos es Homero, porque escribe como un niño".

En este libro, Raúl Renán escribe como un niño. Transparentes y sencillas corren sus palabras, como arroyo de montaña; su claridad permite la diurna visión de las arenas del fondo; su apacible superficie da el poder de mirar el reflejo del incomprensible cielo nocturno. Porque en estas páginas la niñez de Raúl Renán se ensombrece a veces con la doliente sabiduría de los años vividos.* 

